

La mujer y las misiones

Víctor A. Gómez • Seminario Teológico Bautista
• victor_gomez@tsco.org

Resumen

Este artículo quiere ensalzar el trabajo de la mujer. Mujeres conocidas y anónimas que, dando todo de sí, se dedican a servir al prójimo a través del trabajo misionero. Las misiones entendidas como la *raison d'être* de la iglesia. Se reconoce a la mujer, en general, con mucho más protagonismo, fuerza y resistencia que el hombre en tareas que demandan tiempo y resiliencia. Se une el trabajo de la mujer con la misión de la iglesia en un escrito que busca rescatar la misión como la base de la vida y de la iglesia cristiana.

Palabras claves: misiones, mujeres, misión de la iglesia.

Abstract

This article wants to praise the work of women. Known and anonymous women who, giving their best, dedicate themselves to serving others through missionary work. Missions in this essay are understood as the *raison d'être* of the church. Women, in general, are recognized with much more prominence, strength and resistance than men in tasks that demand time and resilience. The work of women is united with the mission of the church in a writing that seeks to rescue the mission as the basis of both Christian life and of the church.

Key words: missions, women, mission of the church.

Introducción

¿Por qué un hombre escribe un artículo sobre las mujeres en misión? Pues paso a detallar las razones.

Se dice, o al menos se piensa, que los varones son los que sacan adelante las organizaciones y los proyectos, pero haría falta pruebas concretas de que esa afirmación sea real y exclusivamente así. Si bien es cierto que un gran porcentaje de organizaciones son dirigidas por hombres, estos hombres no lo podrían hacer sin el consejo o dirección de sus esposas. Lo digo por experiencia propia. Lo cierto y lo concreto es que este es un escrito que quiere honrar a las cientos y miles de mujeres obreras que trabajaron y trabajan, que se esforzaron y se esfuerzan hasta lo máximo por llevar a cabo la tarea misionera en todos los extremos de la tierra.

La mujer ha estado tomando ‘la batuta’ en muchos puestos en las últimas décadas. Países como Chile, Argentina, Alemania y Brasil entre otros, han depositado su confianza en mujeres ubicándolas en el primer puesto del gobierno nacional. Tradicionalmente, estos cargos eran asignados a los hombres, pero ahora son ocupados por mujeres. Desde ejecutivas de empresas, pasando por los cuarteles de bomberos con voluntarias femeninas, choferes de buses, y llegando incluso a barrenderas de calles. Evidentemente, en un mundo de ideas pluralistas donde los derechos humanos están siendo cada vez mejor situados en los distintos niveles sociales, la osada declaración del apóstol Pablo de principios de la era cristiana “no hay varón ni mujer” (Gal. 3:28) desde tiempos antiguos está siendo una realidad. Todos somos iguales a los ojos de Dios, y todos deberíamos ser iguales a los ojos de los hombres, tomando esta última palabra en su sentido de “humanidad.”

En tiempos modernos, ya tempranamente como en 1963, el papa Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in Terris*, aludía a la dignidad de las mujeres diciendo que “lejos de

contentarse con un mero rol pasivo de dejarse considerar como una especie de instrumento, ellas están demandando, tanto en la vida doméstica como en la pública, los derechos y las obligaciones que les pertenecen como seres humanos que son.”

Si existe alguien que lucha, resiste, persiste y se mantiene en la batalla, esa es la mujer. Me sobran ejemplos de perseverancia y lucha, aún bajo situaciones adversas, pero con dos basta y sobra: mi madre Liduvina, quien con humildad y amor supo criar a sus cinco hijos, aún en circunstancias de pobreza, cuando lo único que había en la mesa eran *tortas fritas*, sin huevo ni queso, a los que ella llamaba, haciendo fiesta, “torta de maní con leche de cabra.” ¡Y cómo no mencionar a mi esposa Cristina! Ella, con sus amorosos cuidados y su férrea voluntad supo acompañarme y aconsejarme en la tarea pastoral, docente y misionera, y no sólo a mí, sino también a nuestras dos hijas, y esto sin hablar de cientos de estudiantes que estuvieron bajo su guía en las aulas, y desde hace algunos años, a decenas de jóvenes nativos buscando un futuro mejor a través del estudio terciario mediante becas escolares que ella administra bajo la organización que dirigimos, LETRA Paraguay.

Este escrito pretende mostrar, asimismo, que no hay una sola forma de hacer misiones, y que el mito de que el verdadero misionero es el que viaja decenas de miles de kilómetros a algún recóndito país de un continente perdido. Hacer misiones es obedecer el llamado de Dios, independientemente del lugar geográfico donde uno trabaje.

“Lo último de la tierra” es una frase relativa. Depende de quién habla y desde dónde habla. Tradicionalmente, para un misionero de Kenya, Bolivia sería lo último de la tierra, pero para uno argentino, sólo cruzando el Pacífico le dará la paz mental de que realmente

es un misionero transcultural. Pero se debe recordar que esas palabras fueron dichas por Jesús desde Jerusalén, y hoy las sigue pronunciando desde el cielo. Por lo tanto, la expresión se transforma en *me seréis testigos en todas las regiones del mundo: comenzando desde tu ciudad, siguiendo por tu estado o provincia, para luego atender las necesidades de los extranjeros que viven en tu país y desde ahí proyectarte hasta todas las otras naciones*. Y lo apremiante de este mandato es que los cuatro lugares geográficos deberán ser alcanzados al mismo tiempo. Una iglesia que sólo haga misiones en su país, aún no está cumpliendo con la gran comisión, y lo mismo ocurre con una iglesia que sólo trabaje en otras naciones descuidando su propia tierra.

Varias veces he sido confrontado con posturas que dicen algo como esto: ‘Somos una iglesia muy pequeña y no tenemos el suficiente poder económico para mantener misioneros en el exterior...’

A este tipo de cuestionamientos suelo responder que las iglesias no deberían esperar a tener el suficiente poder económico para enviar misioneros. Esto supone el riesgo que las congregaciones nunca envíen a nadie por estar en esta ‘dulce espera’. ¿Cómo enviar misioneros sin tener los fondos locales necesarios? Muy simple. La respuesta tiene base eclesiológica: la iglesia local está conformada por todos los creyentes de la ciudad. Las denominaciones y la rivalidad entre iglesias han hecho que los creyentes trabajen en forma muy independiente los unos de los otros. Pero si uno leyera con detenimiento Romanos 16, vería que en la ciudad de Roma había varias congregaciones que se reunían en diferentes casas, pero Pablo las arenga como si sólo fueran *un cuerpo*. “A todos los [creyentes] que están en Roma.”

Por tanto, si una iglesia local de una determinada ciudad no puede sostener a un misionero, deberá asociarse

a otras iglesias a fin de poder hacerlo. Una idea que resulta efectiva es formar grupos de ocho a diez iglesias, cada una aportando un 10 o 13% del sostén de un misionero. De esa forma ya no habrá excusas de “falta de recursos” para cumplir con el mandato del Señor.

Este sencillo escrito tiene también por objeto desmitificar la idea corriente y popular de que el verdadero misionero es quien viaja a otro país para desarrollar su llamado. Juanita Tranamil, misionera chilena, nos explica que ella trabajó en su país en distintos lugares con distintas personas, y que sirvió a Dios en diferentes ministerios. Y todo esto ha sido para ella una gran experiencia. Wara Colque, otra misionera chilena, por su parte, comparte que

El colegio en el cual trabajo se ha transformado en mi campo misionero. Los estudiantes son los campos blancos, las ovejas heridas y descarriadas que no tienen pastor. Y al mismo tiempo, son las herramientas que Dios está usando para pulirme cada día y hacerme más como Él.

Wara habla de que se mueve en un “campo misionero” y en medio de “campos blancos”, identifica “ovejas heridas y descarriadas” que hay que pastorear, y ve todo esto como un conjunto de “herramientas de pulimiento” de Dios para ser más como Él. Por esto y por mucho más pregunto: ¿Habrá alguien que se atreva a decirle que esto no es hacer misiones? ¿Habrá alguien que pueda pararse frente a la pastora Mirta Barreto, traduciendo la Biblia y alfabetizando sordos, para decirle que ella no es una misionera hecha y derecha porque no ha abandonado su país, su hogar ni sus familiares? ¿Quién osará confrontar a Cristina de Gómez diciéndole que trabajar en la contabilidad y la administración de becas escolares de una agencia de traducción bíblica en un país vecino al suyo es muy poca cosa como para merecer el título de “misionera”?

Dice la Palabra que hay “variedad de ministerios” y “variedad de operaciones,” pero que el Señor es el mismo,

y el Espíritu que las capacita con esos dones es también el mismo. En otras palabras, este artículo trata de transmitir el concepto de que el trabajo misionero local tiene el mismo peso y dignidad que el trabajo hecho en los confines de la tierra. Varían los riesgos, los costos y la logística, es cierto, pero no por esto vamos a desmerecer el valioso y denodado trabajo de quienes son llamados a quedarse en su país, o ir a países muy similares en la cultura, la lengua y las costumbres. Sin embargo, debemos ser sinceros: admiramos mucho más un estilo tradicional y “sufriente” de hacer misiones. Nos emociona mucho más la dramática historia de quien no vio a sus familiares y amigos por décadas debido a su ministerio misionero allende los mares. ¡Y qué decir de aquellos que sufrieron el martirio en su trabajo por el Señor, y su cuerpo nunca fue devuelto a los suyos!

Es mi oración que los relatos e historias de este breve artículo puedan ayudar a una nueva valoración de la mujer en un ambiente que se supone machista, pero que depende ella para su funcionamiento. También mi deseo es que este ensayo ayude a tener una mejor comprensión de la obra misionera y sus distintas facetas, y que despierte a aquellos y aquellas que han sido llamados a servir en los distintos ministerios en escenarios locales y transculturales.

Vaya pues, con este sencillo escrito, nuestro homenaje humilde pero apasionado a las luchadoras y guerreras, a aquellas que trabajan sólo por obediencia a una visión que se apega más al amor que al mero cumplimiento de una responsabilidad asumida voluntariamente. Los hombres necesitaríamos imitar más el tesón y el desinterés, junto con la perseverancia y la resistencia mostrada por el mal llamado "sexo débil."

1. Siervas inútiles, buenas y fieles (Luc. 17:10, Mat. 25:23)

Siendo honesto, la motivación primaria que suscitó este escrito fue el impacto que recibí, allá por el año 2010, en un retiro de misioneros en Argentina, al conocer a varias obreras que dieron testimonios de valor sin límite, de amor desinteresado, de paciencia y resistencia a toda prueba. Mientras las escuchaba, pensaba en varias mujeres que dieron sus mejores años al trabajo pastoral, a la ayuda social, a la vida. Luego el Señor fue haciendo crecer la llama motivacional y fue colocando las ideas en su lugar. En ese mismo retiro, convoqué a aquellas misioneras para proponerles ser de ánimo y de bendición al continente a través de un libro testimonial. ¡Sería una pena que tanta riqueza vivencial quedara recluida en el salón de conferencias y sólo en un puñado de participantes! Bien valía la pena el esfuerzo de dar a conocer este trabajo denodado y abnegado. De ahí surgió el libro testimonial “Mujeres en Misión”, que publiqué en forma electrónica en Amazon.com en el 2012.

Por todo esto, este humilde artículo tiene por propósito dignificar y ennoblecer la labor de miles de mujeres anónimas que luchan y se sacrifican para que las personas a su cuidado puedan disfrutar del *Shalom* de Dios. Las mujeres que hacen misiones pueden parecer comunes y corrientes, y quizás no sean grandes estrellas ni celebridades en el mundo de la misión salvo en su entorno familiar y eclesial. Tan irrelevante para el mundo puede ser su tarea, que al término de su carrera recibirán un “gran” reconocimiento: “Son siervas inútiles, porque sólo hicieron lo que debían hacer sin más...” (Luc. 17:10). Pero no quiero pecar de parcialidad usando sólo el texto de Lucas, sino que debo decir que para el Señor son tan distinguidas y apreciadas, que Él las recibirá en su Reino con estas

palabras: “¡Buenas siervas y fieles, entren en el gozo de su Señor!” (Mat. 25:23).

2. Misión es amor y reconciliación (1 Jn. 4:7-12; 2 Co. 5:18–19)

La misión se relaciona con uno de los atributos de Dios, el amor y su misericordia. Por ello es que la misión es amar a Dios y a la gente con humildad y un sentido de vulnerabilidad (1 Jn. 4:7-12; Fil. 2). Esto nos acerca a la gente y nos identifica con sus alegrías y tristezas, con su miseria y su felicidad. En términos del católico Bifet, quien escribió un interesante manual sobre el tema,

Misionología sería hoy la ciencia que enseña a insertar el evangelio en toda circunstancia cultural y religiosa, a nivel universal, sin tergiversar ni relativizar el mensaje evangélico, mirando a todo hermano con las mismas pupilas de Jesús, que llevó a todos y a cada uno en su corazón y que dio la vida por todos (Bifet, 2008, XX).

¿Qué es misiones? Misiones es amar a la gente como la amó Jesús, y es dar la vida por los demás, así como Él la dio. Tengan en cuenta que esto último no suele ser literal –salvo en países muy cerrados al evangelio– sino que “dar la vida” se debe entender como priorizar las necesidades de los demás antes que las nuestras. En la vida del misionero es donde se hace patente el “negarse a sí mismo” y “tomar la cruz cada día.”

La misión es la reconciliación: primero con nosotros mismos, luego con nuestros esposos/as. Luego reconciliarnos con aquellos que nos maltratan, con las etnias de nuestros países latinoamericanos con las que estamos enemistados y espontáneamente alienados, y en un tercer momento, reconciliarnos con los sectores “mundanos” de la sociedad, con quienes hemos levantado

muros por cientos de años. Una cuarta categoría de reconciliación debería ser con los extranjeros. He visto y he preguntado sobre la situación de peruanos en Chile, bolivianos en Paraguay y Argentina, paraguayos en Argentina y Brasil, mexicanos en Estados Unidos, colombianos y ecuatorianos en Panamá y Costa Rica. Hay una enemistad no declarada entre los extranjeros que deciden buscar suerte en nuestros países y los nacionales. El Señor nos ha dado el ministerio de la reconciliación: primeramente con Él y luego con el prójimo.

Algo interesante es que, en ese acto, Dios sigue siendo Dios. Los beneficiados somos nosotros, los hombres que entramos en una nueva relación. En el NT sólo Pablo usa el término “reconciliación” para la relación divino-humana. A Dios no se le reconcilia, ni se reconcilia con Él, sino que él mismo nos reconcilia a nosotros o al mundo consigo (2 Co. 5:18–19), mientras que nosotros somos reconciliados con Dios (Ro. 5:10) o nos reconciamos con Él (2 Co. 5:20). *καταλλάσσειν* denota una transformación de la situación entre Dios y nosotros, y por ende de nuestra propia situación, porque mediante ella nos volvemos nuevas criaturas (2 Co. 5:18), ya no más alejados de Dios ni pecadores, sino justificados, con el amor de Dios derramado en nuestros corazones (Ro. 5:6ss). Dios no ha cambiado; el cambio se da en nuestra relación con Él, y por consiguiente en toda nuestra vida (Kittel, 2009. 48).

3. La experiencia única del llamado divino (Gen. 12:1-2; Hch. 1:8; Rom. 11:29)

Con respecto al llamado, algunas consideraciones generales: primero, Dios es el dueño de la misión y quien trabaja en el mundo. Desde el origen de la humanidad, pero específicamente desde el primer pecado del hombre (Gen. 3:15) tenía en su propósito enviar a su Hijo Jesús a

reconciliar al mundo con El. Jesús, antes de terminar su misión sobre esta tierra, nos prometió la llegada del Espíritu Santo, quien nos guiaría a toda verdad, siguiendo su tarea (*Juan 14:16-17*). El Espíritu Santo es el motivador a la misión (*Hch 1:8*) y quien nos anima y nos fortalece para la tarea. Por tal motivo, cuando hablamos de misión, lo hacemos en términos teológicos trinitarios, y ya no partiendo desde la eclesiología o desde la soteriología.

Si bien es cierto que el llamado de Dios no hace de nosotros un grupo de seres humanos “especiales” en el sentido de transformarnos en superiores a los demás, sí nos coloca, por el contrario, en una situación de servicio y humildad. El Creador nos convoca a todos a una misión de amor y de entrega, pero tal como dice la Palabra, “muchos son llamados, pero pocos escogidos.” Y en Romanos explica claramente que “irrevocables son los dones y el llamado” (*Rom. 11:29*), así como lo fue en el caso de Jenny y Alberto Marrón. Alberto testimonia que su llamado lo recibió siendo niño, y tal como sucedió con reconocidos personajes del Antiguo Testamento como Jonás, Moisés y Jeremías, el ser humano no se siente cómodo ante esta convocatoria. Seamos sinceros, ¿qué persona *normal* aceptaría una vida de privaciones, de viajes interminables, de convivir con personas de otra cultura, de otra lengua y de otra mentalidad? ¿Qué persona medianamente en sus cabales iría voluntariamente a un estilo de vida que anticipa será de luchas, de ingratitudes y de falta de reconocimiento por parte de aquellos a los que se servirá sin pedir nada a cambio? ¿Aquí cobra sentido la “locura” del evangelio! (*1 Cor. 2:14*).

Concuerdo con la opinión de varios conocidos al decir que muchos misioneros (aunque no todos, por supuesto), tienen solucionado el problema del sostenimiento, comen todos los días y viven en casas confortables. Sin embargo, el sufrimiento y la incomodidad

no provienen por la falta de electricidad o por vivir en un lugar precario, o por no contar con elementos para calefaccionarse en el invierno o no poder mantener y dar comodidades a los hijos. Se trata de *otra cosa*. El servicio desinteresado trae estrés, luchas internas, angustia y cansancio mental y físico, ¡especialmente si uno va a mudarse a las antípodas, como en el caso de los Marrón!

4. Nuestra humanidad versus el plan de Dios (1 Cor. 3:1; Isa. 55:8)

¡Es increíble cuán humanos somos cuando nos enfrentamos a la deidad! Escuché a la pastora Mirta Barreto, antes de aceptar el llamado, expresando “¿Yo...misionera? ¡Nunca!” ¡Cuánto nos cuesta aprender a servir a otros! Nuestra tendencia natural es servirnos a nosotros mismos todo el tiempo, y *el otro* está siempre fuera de nuestros planes más sentidos. Aparte del hecho de utilizar el título de “pastora,” algo no muy frecuente en la denominación bautista de hace algunas décadas, Mirta tenía planes bien concretos trazados para ella y su futuro. Sería una académica, se dedicaría a la enseñanza teológica, disciplina que llenaría su alma de realización. Sin embargo, el Espíritu le hizo comprender que debía renunciar a sus propósitos personales, por más nobles y éticos que fueran, si es que iría a obedecer los planes y metas de Dios, y si es que quería ser guiada a vivir una existencia realmente trascendente en las manos del Creador. “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos” expresa el Señor en Isaías 55:8. Es necesario un ajuste comprometido de nuestra voluntad con la del Señor.

Otro elemento que no falta en nuestra toma de decisiones es la demora y la pérdida de tiempo antes de encarar el trabajo misional. Mirta expresaría: “pasaron

cinco años...y yo me había olvidado del deseo de hacer algo por las personas sordas..." Mara Morgan, otra misionera latina, lo expresa así: "habían pasado dos años desde que Dios había puesto en mí un llamado." Wara Colque comenta que, en un momento, "Dios y las misiones habían salido de mi vida," y Noa Osorio que "por un tiempo me negué a renunciar a mis sueños y a mis planes." Jeanette Sánchez habla de una "doble vida": "Por años serví al Señor sin tener un compromiso serio, ni una relación personal con Dios. Por eso durante la adolescencia y juventud vivía una doble vida. Como decimos en mi país, con un pie en la iglesia y otro fuera de ella."

Algunas personas llegan a una especie de enfado y resentimiento hacia el llamado y hacia todo elemento que nos lo recuerde, mientras que otras llegan incluso a negociar con Dios. Así, vemos a una mujer llamada al ministerio, Norma Mercado, confesando que atravesó "un tiempo cuesta abajo que duró seis años," y a una Cristina de Gómez poniendo condiciones para su salida al campo: "Yo acepto ir al campo misionero toda vez que compremos un terreno y construyamos nuestra casa propia." Pero Dios ¡es tan misericordioso y paciente! Él nos espera, nos soporta, ¡nos entiende! Conoce exactamente el tiempo que necesitamos para comprender y canalizar el llamado que nos hace. Muchas veces me pregunto si nuestras demoras y nuestras indecisiones no son también parte fundamental del plan de Dios, para que cuando respondamos a su misión, lo hagamos con pleno convencimiento de que todo lo demás es literalmente *basura y estropajo* ante la gran aventura de servicio que tenemos por delante. Así lo entendió Wara, al expresar que

Pasaron 15 años o más desde que Dios inquietaba mi corazón hacia las necesidades de los no alcanzados. Sin embargo, Dios usó esos años para trabajar en mi

ser interior con el objetivo de fortalecerse y enseñarme a confiar en Él.

5. Aceptando con gusto el plan de Dios para nuestras vidas (Salmo 40:8; Jer. 31:33; Heb. 10:7)

Pero no todos los testimonios de obreros son necesariamente lentos en su cumplimiento o llenos de oposición en cuanto al llamado. Esto muestra la gran diversidad de personalidades y caracteres, y que Dios nos acepta tal cual somos, y que, así como nos encuentra prepara un “plan de crecimiento” adaptado para cada uno. Luna Dilshad, otra misionera latina, nos muestra una faceta de aceptación del llamado con gusto y alegría: “Tenía un claro objetivo: terminar el Instituto Bíblico para poder ingresar en la especialidad de misiones y estar más cerca de cumplir mi sueño.” El sueño de Luna coincidía con el de Dios, o viceversa. Lo mismo sucedió con Mara Morgan, misionera mexicana, pues obedeció el llamado casi inmediatamente. Ella expresa “en menos de un mes ya estaba todo listo, con muchos obstáculos que vencer, ¡pero con la seguridad de que Dios siempre permanece fiel!”

Todo esto no quita las luchas características de alguien que está por embarcarse en el bote del trabajo misionero. Nos sigue relatando Mara que “llegó un momento en el que ya estaba a punto de abortar la misión,” pero que luego “nuestro Señor contestó conformando poco a poco un equipo de oración.” También Wara Colque escribe que un tiempo después del llamado, “las dudas y luchas internas habían comenzado.” Y a continuación describe lo que vendría: “No imaginaba todas las lágrimas que iba a derramar para llevar adelante *mi llamado*.”

Todos estos ejemplos nos instan a buscar la fortaleza espiritual y la constancia en los momentos de desánimo

pues hay gozo y paz al atravesarlos y, utilizando una ilustración muy popular, "¡hay una luz al final del túnel!"

6. Personas en nuestro camino (Ex. 18:13-18)

Sin duda, Dios se vale de personas para orientarnos y ayudarnos en nuestra *caminata*. Tal como Jetro aconsejó y orientó a Moisés (Ex. 18:13-18), Aquila y Priscila aleccionaron a Apolos (Hch. 18:24-26) así también Dios envía personas claves en momentos específicos que dan luz a nuestro caminar. Wara habla de que “dos matrimonios, en especial, marcaron mi vida. Los Morris y los Ziefle,” y Mara menciona que Kerry Olson, misionero experimentado, le dio una oportunidad única de servicio. Para Juanita Tranamil, Guillermo y Winiffred Strong se posicionaron como “dos personas que fueron para mí un gran ejemplo a seguir.” Algunas personas son puestas providencialmente, y entran y salen abruptamente de nuestras vidas dejando una marca indeleble, tal como el caso de Jeanette Sánchez, quien recibió estas palabras de una desconocida en un *laundry*:

-Te quiero dar este folleto, ¡te veo haciendo esto para el Señor!

El folleto era acerca de un entrenamiento misionero, pero para ella significó un patente llamado de parte del Señor. En otro de los testimonios, el de mi esposa, Cristina Gómez, de forma indirecta sus mentores fueron David y Judy Oltrogge, quienes introdujeron a quien escribe al mundo de las traducciones bíblicas. Y podríamos seguir hablando de muchos otros, pero quiero hacer mención, también, de personas anónimas que nos guían y facilitan el camino, verdaderos “ángeles de Dios” que aparecen en nuestro camino (Heb. 1:14). Tal parece ser el caso del pastor que ayudó a los Marrón a encontrar la agencia

misionera correcta, “algunos diáconos y un misionero” que aconsejaron a Mirta Barreto a aceptar el cargo de *pastora*, ¡e incluso “unas monjas” inspiraron a Luna Dilshad al trabajo misionero! Y así, siguen en la lista personas anónimas del CEC, dándole un “giro” a la vida de Wara Colque junto a otras con nombre y apellido como Antonio Montalba que la guió y ayudó en su comprensión misionera. Wara llama a estas personas “amigas” y “pinceladas en el maravilloso cuadro de Dios.” ¡Gracias al Señor por enviar a estos personajes de bendición que guían y orientan sin esperar nada a cambio, incluso hasta el punto de no conocer lo que lograron sus palabras!

7. La iglesia es un pueblo en misión (1 Pe. 2:9)

Los ejemplos de misiones que son base para este artículo nos dejan una enseñanza bíblica profunda: no existe otra iglesia que la iglesia misionera. En palabras de Costas, La misión es intrínseca a la misma vida de la iglesia. No hay otra iglesia, que la misionera. Ser iglesia es por tanto, vivir en una situación de encrucijada y estar constantemente enfrentándose con el mundo; ser desafiado por él, y ser impelido por el Espíritu de Cristo, para testificar en y sobre el evangelio del reino de Dios (Costas, 1976, 7).

No deberíamos parcializar la misión predicando sobre un puñado de versículos que hablan de misión, priorizando Mateo 28:19-20, ya que toda la Biblia habla de misión mostrándonos a un Dios que ama a las naciones. Incluso el Antiguo Testamento muestra la misión de Dios de llegar a todas las naciones. En palabras de Pablo Davies, un ex colega del Seminario Misionero SEIT de Buenos Aires, “el hilo que corre a lo largo del Antiguo Testamento es el deseo de Dios de salvar a todas las naciones. La misión no es *un* elemento dentro de los varios que podemos elegir

para un estudio, sino *el* elemento que une y da sentido a los treinta y nueve libros” (Davies, 2006, 28). Davies hace referencia a que los textos del AT dan a entender más de misión de lo que suponemos normalmente: “temas como el monoteísmo como base de la misión, el uso de las formas literarias de las naciones paganas para transmitir el mensaje, el mensaje misionero de los Salmos,” todo apunta no sólo a la idea de misión, sino también a que la misión debe ser “integral y profética” (Davies, *Ibíd.*).

Toda iglesia que considere las misiones como “una actividad más” a realizar o que se dedique a misionar como si ello fuera una opción entre muchas alternativas, realmente ha perdido el foco de su existencia. El llamado a Abraham fue “y serás bendición,” y “en ti serán benditas todas las naciones” (Gén. 12). Alinearse al propósito divino de llevar la luz del evangelio a todas las naciones es lo que hace que la iglesia sea iglesia. Si tuviéramos que radicalizar este concepto, podríamos llevar una ilustración al extremo diciendo que toda actividad de la iglesia podría dejar de hacerse, toda reunión de comisiones y juntas podrían cancelarse y todo grupo de interés (mujeres, niños, adolescentes, hombres) podría dejar de reunirse, pero en tanto y en cuanto la iglesia tenga en claro su rol misionero de bendecir a las naciones, su naturaleza inherente quedará intacta. La iglesia es un pueblo en misión.

8. Misión integral (Miq. 6:7-8; Mat. 9:35; Hch. 9:36-41)

Esta frase ha venido cobrando más y más peso durante las últimas décadas. Al día de hoy, las agencias misioneras e iglesias hablan mucho de ella. Sin embargo, debemos notar, siguiendo a Padilla, que “existe el peligro de que la «misión integral» se convierta en un mero eslogan” (Padilla, 2006, 19). Este escritor, en su obra del año 2006, presenta varios casos concretos de iglesias en

Latinoamérica que toman en serio el trabajo holístico y el desarrollo general y completo de las personas a las que ministran.

Las historias señaladas en este escrito muestran bastante de este concepto: Los Marrón comprendieron perfectamente “que no debemos separar lo ‘secular’ de lo ‘espiritual’ en el diario vivir.” Su comprensión se puede ver en una simple pero significativa frase donde expresan “haber reconocido la verdad de la integralidad.” Las personas no son entes espirituales que caminan sin noción de lo físico, ni tampoco su preocupación se enfoca sólo en los valores del alma. La enseñanza de nuestros maestros bíblicos nos guió a una comprensión parcializada de las personas, dando más peso al espíritu que al físico. La base de su pensamiento puede traducirse en dos preguntas bien concretas: ¿de qué nos sirve enviar personas fuertes y sanas al infierno? ¿Acaso no es mejor enviar personas hambrientas y débiles al cielo? Algunos misioneros nos confrontaron con estos interrogantes, que nosotros tomamos como una gran enseñanza, ¡pero en su sentido contrario!

Si miráramos Hechos 9, veríamos un claro ejemplo de misión integral en Dorcas. Ella compartía la Palabra a través de sus actos de misericordia y ayuda a mujeres viudas y pobres. Las personas que la lloraban luego de su muerte fueron fieles testigos de la vida de servicio y generosidad de la difunta. Dorcas daba limosnas, pero mucho más que eso, tenía un verdadero interés en la gente, especialmente en las mujeres desprotegidas de la sociedad. Matthew Henry nos ayuda al comentar este pasaje: “¡Qué bien cumplía Dorcas lo de *cubrir al desnudo* (Is. 58:7; Mt. 25:36), sin pensar que era bastante con decir: «*Id en paz, calentaos*» (Stg. 2:16)!” Y al igual que Tabita o Dorcas, varias de las mujeres que relatan sus historias en este escrito, también muestran un interés integral en las personas

que ministran. Mirta Barreto dedica mucho del tiempo de su equipo a la alfabetización del pueblo sordo, nosotros dedicamos un 20% de nuestro tiempo y esfuerzo a las actividades sociales y de autogestión. Juanita Tranamil dedicaba largas horas del día a atender las necesidades de las niñas del hogar donde trabajaba, para poder instruir las luego en las verdades bíblicas, y recientemente, los misioneros Curbelo, a través del proyecto “Manos que crean”, dedican bastante tiempo a la instrucción de cómo usar máquinas de coser a las mujeres Ñandevas antes de compartir con ellos las verdades del evangelio.

Conclusión

La gente busca un bienestar integral, y como agentes evangelizadores y propagadores de todo el mensaje de Dios, debemos desarrollar un ministerio que afecte y abarque todas las áreas de necesidad del ser humano. Esto demandará más trabajo y más inversión de tiempo, pero los resultados bien valdrán el esfuerzo.

Por todo esto, más allá de mi reconocimiento a las valientes mujeres que entregan todo su ser en su tarea misionera, si este breve escrito anima y motiva a las iglesias a cumplir su rol misionero en la tierra, el tiempo invertido en escribir habrá valido la pena y el esfuerzo. Por tanto, ¡ID!

Bibliografía

- Costas, O. *Theology of the crossroads in contemporary Latin America*. Amsterdam: Rodopi, 1976.
- Davies, Paul. “Base veterotestamentaria de la misión transcultural, integral y profética” en *Misión Transcultural*. Comibam Internacional-PM Internacional, 2006.
- Esquerda Bifet, Juan. *Misionología: Evangelizar en un mundo global*. Madrid: BAC, 2008).

- Gomez, Victor (ed.). *Mujeres en misión*. 2ª Ed. Luque: Editorial Letra, 2019.
- Kittel, G.; Gerhard Friedrich, Geoffrey Bromiley. *Compendio del Diccionario Teológico del NT*. Colombia: Libros Desafío, 2002.
- Padilla, C. y Tetsunao Yamamori, eds. *El proyecto de Dios y las necesidades humanas*. Buenos Aires: Ediciones Kairós, 2006.

Autor

Víctor A. Gómez fue pastor bautista y docente teológico por 17 años (1988-2005) y, desde el 2001 hasta la actualidad, fundador y director de LETRA Paraguay y misionero en consultoría bíblica con 5 etnias, tres en Paraguay y dos en México. Desde enero del 2020 se desempeña, en Seed Company, como Coordinador de Consultores Bíblicos para las Américas. Trabajó en la comisión de la Alianza Global Wycliffe, área de las Américas (2011-2015) y en el comité de COMIBAM (2014-2018). Tiene una maestría (1990) y un doctorado en teología (1998) en el Seminario Bautista de Buenos Aires y un posgrado en lingüística con SIL (2001). Actualizó estudios de licenciatura en teología en la U.E.P. (2007) y este año, 2020 (¡gracias a la cuarentena extendida!) concluyó una maestría online en Escritura y Narración Creativa. Creó la Editorial LETRA, siendo autor de dos obras y editor de varias otras. Casado con Cristina Flores por 30 años, tienen dos hijas casadas, Rocío y Jazmín.